

sita que ese Centro que tan indiscutibles beneficios proporciona a los hijos de los obreros, a los hijos de los pobres, cuente con un profesorado bien retribuido que no se avergüence de pertenecer a nuestra Escuela.

De ésta salieron verdaderos genios del arte. Alumno de ella fué el hoy profesor de la misma en los talleres en piedra, don Francisco Alvarez Lloret, quien merced a los conocimientos que aquí adquiriera y en razón a sus excepcionales condiciones artísticas, le cupo la honra de que el Gobierno español le pensara para ampliar sus estudios en París.

Una Escuela que tantos y tan preclaros alumnos produjera debe ser mirada con extraordinario cariño por aquellos que, prescindiendo de incompatibilidades de provincias, llamados al poder para la salvación de España, no tienen mas calificativo que, el de, españoles.

## “Un atardecer”

—o—

El crepúsculo tiende su manto cárdeno, azuleado y gris sobre el límpido cielo, que dejan tonos variados, oscuros colores que llenan de una melancolía grande y profunda. También lo manchan largas nubes que se interponen por entre los últimos y agonizantes rayos del sol, que allá a lo lejos, detrás de la cima de la montaña, blanqueada por la nieve y oscurecida por el crepúsculo; por la noche propinqua, aparece escondido, guardado como sa grada delicia detrás de aquella sierra fría y solitaria.

También en la poca claridad que dejan los últimos rayos del sol, se divisan los hundilones y deformidades de los barrancos que no han sido purificados por la nieve acariciadora, como manto lanudo que cubre la peña y forma un mundo que no hay que quede respuesta por unos minutos y presencia la magnificencia de un atardecer?

¡Oh! atardecer, atardecer, cuantos encantos contiene para mí, y cuan triste eres pa

ra el alma dolorida. Pero resulta poético y triste al observar una tarde, así, fría y observarla donde las siluetas de los árboles que se dibujan a lo lejos; el picacho de un cerrillo que parece ser hijo de la madre sierra, que altiva se levanta y parece que implora o que busca un beso del cielo, del cielo que a nuestra vista parece junto con la montaña que realiza su deseo. Luego, para mayor fantasía un castillo o fortaleza que sus cimientos se hallan en la elevada sierra. Pero ¡oh! y como se levanta su figura histórica; su silueta que derrama una serie de leyendas principales, que son el miedo y el temor del campesino, del que mora allá, en una cortijada cercana de la montaña, donde al calor de una chimenea alguna vieja que otra, se cuenta la leyenda terrorífica y llena de panico para aquel que la escucha...

Y principia con su voz gastada, y tartamudeando la leyenda de siempre; la leyenda que los chiquillos al oír la se rebujan en donde pueden, y atentos con mucho miedo siguen escuchándola. \* \* \*

—¡Ah!, hijos míos—dice la vieja mientras atiza los leñajos secos, que arden y chisporrotean. Después de hacer una pequeña pausa prosigue la viejecita con su voz gastada.—Os voy a contar lo que pasó, para que el castillo feudal estuviera siempre habitado por brujas y demonios, y que todo aquel que se aventure a pasar cerca de él, después de haber oscurecido ¡oh! desgraciado que ya no vuelve a ver más a sus hijitos o familia. Seguiré contándoos y ya vereis... Mirad; una noche el príncipe que habitaba el castillo, salió a dar un paseo... Y sigue la vieja contando una leyenda como todas, llena de fantasmas, de encantamientos, hecho por las brujas que habitaban tal o cual castillo. Y al más leve viento del cielo que mece las hojas secas de los árboles, creen los chiquillos del villorrio o cortijada, que las brujas del castillo vienen a por ellos.

Por eso admiro al campo. Salud y paz reina en él. Allí, fuera de la capital donde no existe ese aire viciado por la atmósfera cargada y angustiada

de los salones donde no hay la paz ni la tranquilidad donde todo se murmura y todo se envilece. No; vivir en la capital me parece angustioso me parece hasta al surde (para mí) y hasta peligrosísimo para aquel que quiere vivir mucho. En la capital parecemos hormigas que nos rozamos unos a otros y nos ha-

ceamos mas fácil de que nos pisen...

Ah! la sierra y un atardecer en ella que hermoso es. Con qué ansias se respira, con qué albor que más inexplicable y que ansias de vivir se nota en nuestra alma al presenciar un crepúsculo allá desde la sierra...

MELCHIOR BELMAR

## El niño que poseía un secreto

—o—

La honda preocupación de un grave secreto somía en constante recogimiento de sí mismo al pequeño Alberto, cuyos caballos de cartón y sable de hoja de lata reposaban en un rincón de la sala, de innumeras jornadas marciales a través de dormitorios y pasillos y de los gritos del enemigo vencido, en este caso a hermanita, dos años más a él, que, jugando a persona mayor ayudaba a la criada en las horas de faena durante los domingos, huérfanos ambos del colegio, y que se irritaba al ver como la tabla sostenedora del equilibrio al nuevo Babieca, portaba en sus diminutas ruedas residuos de un papel sudivido en mil partes, y a veces tan pequeños como dos confetis juntos.

El caballo, ya cascarillado por el dorso dejaba adivinar el próximo fin y el más cerca no aún de la petición paternal mamífero que en los lujosos bazares viene a costar casi con tanto como un borriquito de carne con los que muchos labriegos y viadantes resuelven el problema de sus vidas.

Y la hoja del sable retorci da, como el extremo del rabo de un cucharón, debía tener un ligero parecido a como se hubiera trocado el de Bonaparte a la mañana siguiente de la batalla de Waterloo.

En el diafragma de su despejado cerebro habiase retratado para siempre una escena que el azar puso ante un niño para que cesasen sus juegos; que adquiriese prematura reflexión; ya que no disponía de su libre pensamiento de pajaro sin jaula como todos los niños, pues el secreto terrible y helado caía como gota de nieve que se diluía en los crisoles de seda de su cerebro y atravesando los venales al corazón.

Y era el secreto cumbre, definitivo. De vida o muerte su ocultación.

El secreto no; veí —si ha habido —abierta la puerta de una celda, dar una satisfac-

ción al que dormía en una tumba y empujar hacia la cárcel a un pacífico y honrado convecino, según el decir de los gentes.

Alberto podía cambiar la Justicia.

El secreto formaba parte va de su vida; de su constitución. Además él no era confesor, y no siéndolo no podía retener por más tiempo las últimas palabras de un moribundo. El pequeño Alberto se dispuso a contar lo que sabía: lo que vio cuando viniendo de la escuela y al entrar por la puerta del caserón donde habitaba que daba a la carretera y ya de noche, vió a un pobre herido que expiró junto al terror del niño sin antes decirle el nombre de su alevé matador.

Otro desgraciado estuvo pagando a la justicia hasta que el secreto que poseía Alberto restituyó a un criminal a su verdadero sitio, orientando a la Justicia.

Después, creyó el angel tranquilizarse, más al abando narle el secreto, la primera sensación grande su vida perdió con él, la razón, y echando sus bracitos al aire gritaba y quería recoger su secreto, que ahora lo tenían los guardias que debidamente esposado llevaban a un hombre muy moreno que le miraba rencorosamente.

Perdió con su secreto la razón y la vida. Mientras tanto se rectificaba la Justicia.

José Jaime GALLARDO

## El colmaro andaluz

Visítad este acreditado establecimiento y en él encontrareis lo más selecto vinos de Albuñol, Valdepeñas y anises finos.

Cerveza bok grande, 30 centimos y 15 chico.

## Establecimiento de bebidas

Antonio Amate Alias Vinos finos y licores de las mejores marcas.—Embutidos fiambres de todas clases, todos los días.

escanso núm.5 Del PARAITO